

Editorial

El devenir humano en la era planetaria lejos de iluminarse se ha ensombrecido cada vez más. Las nubes de pólvora del siglo XX no se disiparon, por el contrario más ennegrecidas que nunca, pulverizaron las buenas expectativas de todo siglo que comienza. A casi dieciséis años de la destrucción de las Torres Gemelas por los ataques terroristas que todos conocimos, no queda nada del entusiasmo por una democracia y un mercado global feliz que caracterizó al porvenir luego de la caída del Muro de Berlín, las desventuras económicas de la alta tecnología y la "inteligencia" financiera mundial fueron los principales aguafiestas.

Por el contrario la crueldad y la guerra siguen siendo los signos activos de la predación entre sociedades y grupos humanos, donde lo inhumano de lo humanos es el protagonista principal, siempre al acecho a nivel individual como colectivo.

La Tercera Guerra Mundial, como muchos han sentenciado a la actual dinámica de destrucción que se expande en el planeta, arrasa una porción terrestre importante que se extiende desde el Norte de África al Sur de Asia con epicentro en Medio Oriente, pero con ramificaciones efectivas y potenciales en todos los continentes, como por ejemplo los atentados en Europa. La confluencia de los actuales cambios en los intereses geopolíticos de las potencias y los grupos transnacionales de poder con el enfrentamiento milenarista entre las distintas ramas del Islam, han configurado una guerra abierta e incierta, provocando entre otras cosas el mayor desplazamiento forzado de seres humanos desde la llamada Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, para nosotros esta dinámica de destrucción no sólo contiene una guerra global, porque se complementa con una dinámica económica que impacta al menos en tres dimensiones planetarias. En efecto, Félix Guattari identificó tres campos globales donde se están produciendo devastaciones significativas y que denominó las "tres ecologías". La devastación de la naturaleza, la destrucción de los vínculos sociales y la invasión o derrumbe de las subjetividades socialmente autónomas. Para nosotros en el primer caso, la explotación del planeta tierra todavía se realiza sobre la idea de infinitud, es decir se sigue pensando que su naturaleza es inagotable, salvo algunos de sus productos, que serán sustituidos, sustentados o mejorados, esto último también incluye a lo humano. En el segundo caso, la idea de sociedad de control confluye desde hace unos años, con la de sociedad red, pero su materialización no trajo como consecuencia el fortalecimiento comunitario, sino más bien

una organización “enjambre” donde la "conectividad" no garantiza "la sociabilidad" y donde las prácticas microfascistas se expanden.

Con respecto al tercer caso, su demostración es el aumento de la crueldad interpersonales en las sociedades del confort y las epidemias de consumo de drogas peligrosas por todos los niveles sociales. Ello, está acompañado por el culto a las competencias y sus dramatizaciones irreflexivas de "adaptarse o morir" a la dinámica del mercado, por parte del sistema educativo, por cierto cada día más desconcertado. El mercado es para decirlo cínicamente, el único competente con éxito, pero desconocido porque no consigue retratarse a sí mismo, como indica el marketing de producción de subjetividad lábiles del presente.

¿Qué podemos esperar de la dirigencia política actual y de los Estados frente a estos desafíos planetarios? Si tomamos como referencia a la experiencia europea de los últimos años, nada. Pero existe una América llena de esperanzas. Veamos sus experiencias de búsqueda de alternativas políticas. Luego de sufrir dos décadas de experimentos neoliberales desastrosos desde todo punto de vista, distintos movimientos sociales y políticos alcanzaron el protagonismo mediante alianzas inéditas en esas tierras, con suerte diversa, para poco más tarde, algunos consolidar su gobierno por medio de las urnas.

Transformados en gobiernos de pleno derecho democrático, intentaron renovar los compromisos colectivos por medio de proyectos populares e inclusivos, pero su objetivo real era la modificación de las estructuras socioeconómicas existentes, entendidas como viejas herencias de las dictaduras militares y del latifundismo disfrazado de neoliberalismo y aliado a las dinámicas del mercado global. Su éxito en el escenario político coincidió con el mejor momento de los precios del mercado global de sus materias primas. Una situación extraordinaria para la creación social, que terminó lamentablemente, en el viejo libreto “latinoamericano” compuesto por una vetusta pero siempre efectiva, retórica militante (aprovechando la virginidad política de las jóvenes generaciones), conjugada por un nacionalismo pasado de moda, pero siempre a gusto de los adultos desprevenidos, combinado con un feroz enfrentamiento con las viejas élites, que incluso en un principio, fue acompañado con expectativa popular, pero prontamente frustrado por el infantilismo, la falta de imaginación y la voracidad por el poder, en nombre de las mayorías silenciosas. Pero lo más cruel y lastimoso fue la renovación fascista del culto a los líderes, el nepotismo, el encubrimiento del viejo feudalismo provincial a cambio de la lealtad ciega y para desgracia de todos, la corrupción desenfrenada y el uso de viejas prácticas dictatoriales, como el abuso de la inteligencia del estado, la persecución impositiva a opositores y los grupos de choque con sus diversos matices locales, entre otras prácticas. Al parecer muchos países europeos (como

Grecia y España) que miraban con grandes expectativas el resultado de estos movimientos para aplicarlos a sus realidades, ahora tendrán que pensar por su cuenta.

En cuanto a sus alianzas internacionales, sus viejos resentimientos, salpicados de creativos diagnósticos en economía política, se transformaron en absurdos errores geopolíticos y de grotescas estrategias macroeconómicas a la hora de navegar por las aguas turbulentas del planeta, cuyo resultado inmediato es una nueva camisa de fuerza para estos países.

El resultado ha sido el de siempre, la reiteración de los ciclos regionales entre “regulación” y “desregulación”, “república liberal” o “populismo”, “latinoamericanismo” o “globalismo”, “buen vivir” o “consumo capitalista”. No hubo ni cambio de las viejas estructuras socioeconómicas, ni acumulación de riqueza de los que menos tienen, ni fortalecimiento de las instituciones democráticas, ni la desaparición de los viejos dirigentes de siempre, salvo alguna excepción producida por el paso del tiempo. En México, las consecuencias del *benchmarking* combinados con la vuelta del Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue una máscara nueva para un viejo rostro y una práctica política al borde de la ingobernabilidad extrema. Ello fortaleció el narcotráfico, con todos sus negocios asociados y su expansión económica y política.

A pesar de ello, parece que el nuevo gobierno de Argentina que, de sostenerse podría marcar una tendencia regional, intentará transitar este camino, combinando la aplicación del *benchmarking* proveniente de la competencia entre las empresas, a todas las dimensiones de lo público (como ya lo hiciera en la Ciudad de Buenos Aires en educación), con viejos lemas republicanos, estrategias neoliberales *light*, confusión entre pragmatismo e improvisación, entre lo público y lo privado, narrativas modernizantes con relatos modernos entrelazados con dinámicas de *coaching* al orden del día, sobre comportamiento democrático, gestión, desarrollismo, innovación sin creatividad, *e-gobernment*, *zen*, etc. Como es el caso del último lema del nuevo Jefe de la Ciudad mencionada, perteneciente a la fuerza política que la gobierna desde hace ocho años y que su antecesor acaba de ganar las elecciones nacionales, que en medio de la inminencia de la epidemia de dengue en la ciudad, los prolongados cortes de luz en los barrios más populares, la cercana crisis de los alquileres, el estado de la infraestructura hospitalaria y escolar, propone “WiFi para todos y todas” y “Metro-Bus en todos lados”, como lo más prioritario para la situación social del presente. Tal vez, todo ello con buenas intenciones, pero con una superficialidad y frivolidad disfrazada de sensiblería “coucheada”, que no terminan de disimular. Por ahora, como patrimonio principal tienen el apoyo de la volátil sociedad argentina, bajo el lema “el horror nos une” y el desafío de

transitar la política con humildad y creatividad, dos “competencias” que no se hallan en el mercado.

Por desgracia, si algún despistado político todavía quiere buscar con entusiasmo algún ejemplo proveniente de los EE. UU., se topará con un fenómeno tragicómico: la escalada inexplicable del candidato republicano Donald Trump en la carrera por la presidencia de la potencia militar más poderosa del planeta. Tal vez, este nuevo fenómeno de un Frankenstein político no sea tan inexplicable, si uno observa el deterioro de la condición humana en los EE. UU. y su malestar actual.

Dos cosas saltan a la vista, improbables pero no imposibles, la primera es la necesidad del establecimiento de un nuevo Pacto Social contra la crueldad extrema y la defensa de la ciudadanía global, la economía comunitaria y la diversidad de modelos productivos, junto al establecimiento de un salario digno de ciudadanía planetaria (aplicado en primer lugar a los migrantes). Pero ello, debe estar acompañado del enfoque de la educación, la salud y el trabajo comunitario como bien público común y de alcance planetario. La segunda y no menos urgente, inventar las condiciones efectivas de reflexividad colectiva planetaria (humana condición), como la base social imprescindible, que permita comprender colectivamente la delicada situación de la condición humana y posibilite la emergencia de mundos alternativos al determinismo planetario del presente. Tal vez, estas propuestas ya muy conocidas, puedan parecer una utopía, pero la distopía del presente, también en su momento, parecía tan imposible como aquella y sin embargo, hoy es mortíferamente real, con sus dos dinámicas tan utópicas como distópicas: las penurias y austeridades promocionadas desde Wall Street y la exaltación de la abundancia y la innovación de Silicon Valley.

El Director